

LA ciudad de San Cristóbal, de La Habana, es una de las más antiguas de las Indias Occidentales, ya fundada antes de que en Europa comenzara a sonar el nombre de América, bautismo zurdo de la leyenda negra. Santiago de Cuba, Trinidad y San Cristóbal, de La Habana fueron las tres etapas cubanas de Hernán Cortés, preparatorias de su viaje a Tierra Firme, que había de llevarle a la conquista de México, y las tres ciudades conservan piedras veneradas, testigos de la gesta heroica de la colonización.

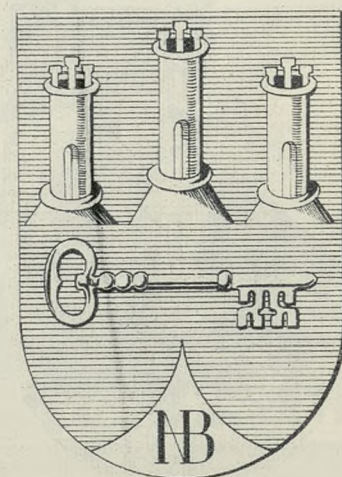
La Habana, en el pasado, fué una estación de tránsito y abastecimiento para las naves destinadas a los virreinos. En estrategia militar fué avanzada del continente. Así España guarneció los puertos de Cuba de fortalezas llamadas «morros», y la de La Habana fué modelo de ingeniería castrense, obra a la romana, de Felipe II, que es fama se maravilló del alto costo de la fábrica. El Morro de La Habana, intacto hoy y, hasta hoy, considerado inexpugnable, sigue siendo vigía y amparo del puerto, conservado y utilizado por la República de Cuba como en los buenos tiempos de España. Y su valor como fortaleza quedó demostrada en la guerra hispanoamericana, por cuanto las naves de guerra de los Estados Unidos no osaron acercarse al Morro ni La Habana sufrió los ataques de la flota, que se limitó a un prudente bloqueo.

La Habana es una de las ciudades más alegres del mundo. Esta es la primera y más sugestiva de sus características que atrae a los forasteros. Quien una vez pase por La Habana quedará prendido por sus imanes de simpatía, que le dejarán suspirando por ella para toda la vida. He hablado con viejos e ilustres soldados españoles, que hicieron sus primeras armas de oficiales en Cuba, y hablan de La Habana como de un lejano paraíso añorado. Clima, lo más del tiempo primaveral,

riqueza de frutos exquisitos, sol brillante y población alegre, ingeniosa, sociedad hidalga y pronta a las amables acogidas, pueblo llano de chispeante ingenio y exuberante comercio, que embellece las calles con sus lujosas instalaciones, dan a La Habana una sensación de bienestar que contagia al visitante.

Por lo general, el viajero tiene por hogar común el club, y La Habana es una de las poblaciones que más centros sociales cuenta y de más lujo. Por lo general, como cumple a una ciudad del trópico que se asoma al mar, los clubs habaneros tienen sus palacetes a la orilla del agua, con sus playas propias. El Yatch Club, el Country Club, el Vedado Tennis Club, el Biltmore Club, el Club de Profesionales, etc., son lugares de recreo en los que el hogar se extiende y donde el forastero hace vida de familia con la sociedad cubana, refinada y exquisita en su trato. Alrededor de estas asociaciones elegantes se han levantado verdaderas ciudades de chalets y jardines, que dan a comprender el alto nivel de confort a que se ha llegado en La Habana, cuyos grandes edificios, sobre todo de «La Habana Vieja», han quedado relegados a una función de negocios y no se dedican a los hogares, sino que éstos se establecen entre jardines y junto a las playas.

Cuando Colón halló a Cuba en su segundo viaje, dijo a los Reyes Católicos ser «la más hermosa tierra que





La fortaleza de la Cabaña, a la entrada del Puerto, guarnecida con cañones de la época colonial.

ojos humanos vieron»: si la hubiera visto desde las modernas carabelas del aire, la habría descrito como una joya escondida en el mar, saliendo del mar mismo. La envuelven las evaporaciones, naturales en su clima subtropical, y a las irisaciones de la luz es un inmenso aljófar.

La Habana, como toda ciudad antañona, tiene dos aspectos: el secular y el moderno. Y, pese a la devastación irreflesiva, aún conserva la capital de Cuba piedras abuelas que, pese a los modernismos impersonales, le dan carácter, y tengo para mí que se lo dan a los cubanos también, aunque otra cosa pueda parecer a los viajeros con demasiada prisa; pues si vemos hoy, en España, que se toma «whisky» en Jerez—mientras toman jerez en Londres y New York—, no ha de extrañarnos que se masque chicle en La Habana, ni por ello hemos de suponer que Cuba se descubaniza, que sería tanto como desespañolizarse.

Las «calles angostas e torcidas e de fácil defensa», que mandaban hacer las cartas reales en Indias Occidentales—se nos resiste la mente al vocablo «América», citando las cartas reales—, cuando era necesario

construir ciudades estratégicas en previsión de asaltos de piratería, perduran aunque sus casas ennoblecidas por los siglos, amplias e hidalgas o modestas y chiquitas, vayan desapareciendo lamentablemente. Y no es que me duela el arribo del progreso a La Habana; es que no creo incompatible el progreso con la conservación del carácter urbano. Cuando los habaneros tiraban sus bellas casas—tan recias, que jamás los ciclones se llevaron ni una teja de las casas viejas «del tiempo de España»—, los norteamericanos compraban las vigas, los hierros floridos, las tejas, los tinajones de Camagüey, y con los escombros coloniales de Cuba construyeron las ciudades «spanisch» del sur: Miami, Jacksonville, etc.

Pero aún tropieza el viajero en calles hoy céntricas de La Habana con torreones de las murallas, conservados por los cubanos con amor al derribarse las antiguas defensas de la ciudad, para su expansión, como nobles centinelas de un imperio espiritual que no puede acabarse nunca y que por igual une, con guimaldas de tradición y afecto, a tantos pueblos. Y quedan edificios, como la catedral y su plaza—que igual pudiera parecer de Toledo, de Valladolid, de Sevilla—que, sin alcanzar la grandeza arquitectónica de los monumentales edificios de los virreinos, tienen el sello de estilo y arte que España creó para sus nuevas provincias; así, el edificio que hoy sirve para Ministerio de Obras Públicas, o el que se utiliza para Ministerio de Correos, o el actual Ayuntamiento, que fué palacio del primer cabo o gobernador militar, después del Presidente de la República, ahora sede municipal, y que constituye una verdadera joya del arte arquitectónico colonial español. Y en edificios militares, el Morro, la Cabaña y La Punta, Atarés, El Príncipe y tantas otras fortalezas, unidas por caminos subterráneos hoy cortados por las necesidades de la urbanización.

Por todas partes sale al paso del viajero en La Habana el poder español de ayer en la posición avanzada del Continente, y sus hitos históricos se conservan con respeto a un pasado glorioso. Lástima que no se hayan



La antigua iglesia de Santa Paula, declarada monumento nacional.



Restos de la muralla que circundaba la capital antillana.

construir ciudades estratégicas en previsión de asaltos de piratería, perduran aunque sus casas ennoblecidas por los siglos, amplias e hidalgas o modestas y chiquitas, vayan desapareciendo lamentablemente. Y no es que me duela el arribo del progreso a La Habana; es que no creo incompatible el progreso con la conservación del carácter urbano. Cuando los habaneros tiraban sus bellas casas—tan recias, que jamás los ciclones se llevaron ni una teja de las casas viejas «del tiempo de España»—, los norteamericanos compraban las vigas, los hierros floridos, las tejas, los tinajones de Camagüey, y con los escombros coloniales de Cuba construyeron las ciudades «spanisch» del sur: Miami, Jacksonville, etc.

Pero aún tropieza el viajero en calles hoy céntricas de La Habana con torreones de las murallas, conservados por los cubanos con amor al derribarse las antiguas defensas de la ciudad, para su expansión, como nobles centinelas de un imperio espiritual que no puede acabarse nunca y que por igual une, con guimaldas de tradición y afecto, a tantos pueblos. Y quedan edificios, como la catedral y su plaza—que igual pudiera parecer de Toledo, de Valladolid, de Sevilla—que, sin alcanzar la grandeza arquitectónica de los monumentales edificios de los virreinos, tienen el sello de estilo y arte que España creó para sus nuevas provincias; así, el edificio que hoy sirve para Ministerio de Obras Públicas, o el que se utiliza para Ministerio de Correos, o el actual Ayuntamiento, que fué palacio del primer cabo o gobernador militar, después del Presidente de la República, ahora sede municipal, y que constituye una verdadera joya del arte arquitectónico colonial español. Y en edificios militares, el Morro, la Cabaña y La Punta, Atarés, El Príncipe y tantas otras fortalezas, unidas por caminos subterráneos hoy cortados por las necesidades de la urbanización.

Por todas partes sale al paso del viajero en La Habana el poder español de ayer en la posición avanzada del Continente, y sus hitos históricos se conservan con respeto a un pasado glorioso. Lástima que no se hayan

conservado, continuándose, los edificios porticados, de prestancia palacial, contruídos con los más nobles materiales. Aún quedan calles enteras por donde el viandante se guarda del sol y se guarece de las grandes lluvias bajo las gallardas arcadas de piedra; pero los nuevos edificios son huecos de grandeza artística, como también los vemos contruídos en esta España que parece amar tanto sus tradiciones y se ha olvidado de ellas y del espíritu en los modernos edificios, pues aquí también los arquitectos se han dado a la copia de las líneas sin expresión, como no sea la acusada exótica e impersonal.

Pero en La Habana «nueva», la que se ha expandido por lo que antes era campo y «El terreno vedado»—que ahora se llama, simplemente, El Vedado—, ciudad se desparramó como en una inundación de jardines, palacetes y alegría ciudadana. Múltiples ciudades-jardín se han levantado a los impulsos creadores de la riqueza del agro cubano, que ha dado lugar a una de las industrias más

poderosas de la tierra: la del azúcar de caña, que se ha colocado en la capacidad de seis millones de toneladas de producción y ha convertido el paisaje en una esmeralda sin fin.

Inicia el período de las grandes construcciones nacionales el doctor Carlos Miguel de Céspedes, llamado «El Dinámico», ministro de Obras Públicas. El magnífico Capitolio Nacional, la carretera central—de trazado español—, espina dorsal de las comunicaciones; la avenida de las Misiones, el Prado, verdaderas reconstrucciones en ciudades como Santa Clara y, en fin, obras de una ambición como no se habían concebido antes dieron impulso a la iniciativa particular, y en pocos años los barrios extremos fueron ciudades y los pueblos cercanos se fundieron por continuidad con la capital magnífica que hoy se ofrece a la vista maravillada del viajero.

No poca parte tomaron los españoles en la ambición cubana de grandeza. Palacios que sorprenden aún a los turistas norteamericanos—tan avezados a sus grandes «buildings»—, como el Centro Gallego, de gran-

diosidad suntuosa, un poco a la germánica; el Centro Asturiano, de acusado sabor a las formas clásicas españolas, aunque imprecisas y varias; el Casino Español, plateresco; el Centro de Dependientes, que alzaron los hijos de Santander principalmente; los Centros Canario y Castellano, y con estos magnos edificios, sus ciudades únicas, orgullo de españoles y cubanos y asombro de forasteros.

Y discurriendo por las limpias calles, el río inagotable de los automóviles y las corrientes de viandantes por las aceras; hombres alegres y dicharacheros, con el piropo ingenioso a flor de labio, y las mujeres espléndidas, más dulcemente atrayentes, andaluzas en los rasgos, de andar cimbreante y sonrisa prometedora.

Y así, bajo un sol esplendente y respirando un aire cargado de aromas de mango, de banana y de zapote, sigue siendo la capital de Cuba «la más hermosa que ojos humanos vieron».

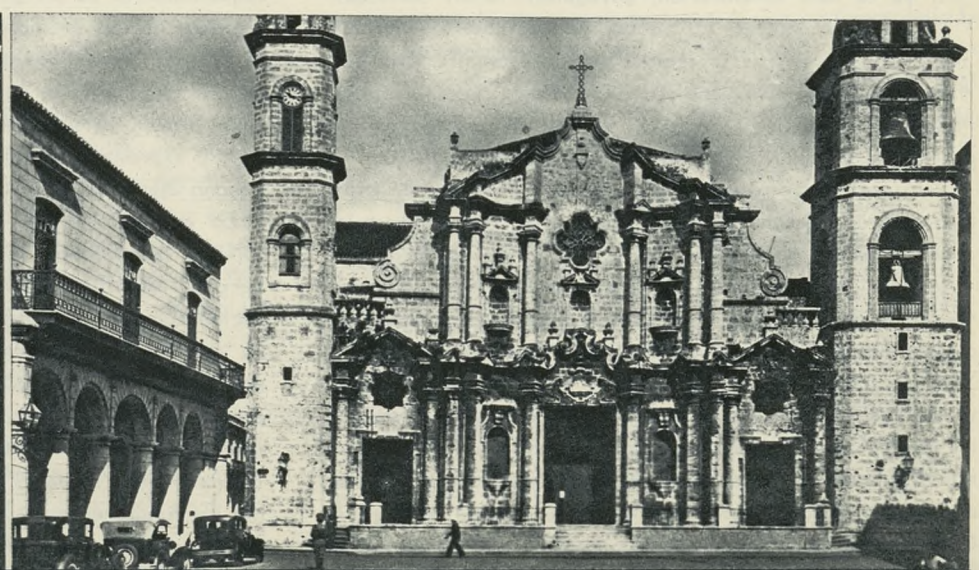
J O A Q U I N A R I S T I G U E T A



Fachada y torre de la Catedral de La Habana, vista desde los arcos de la plaza.



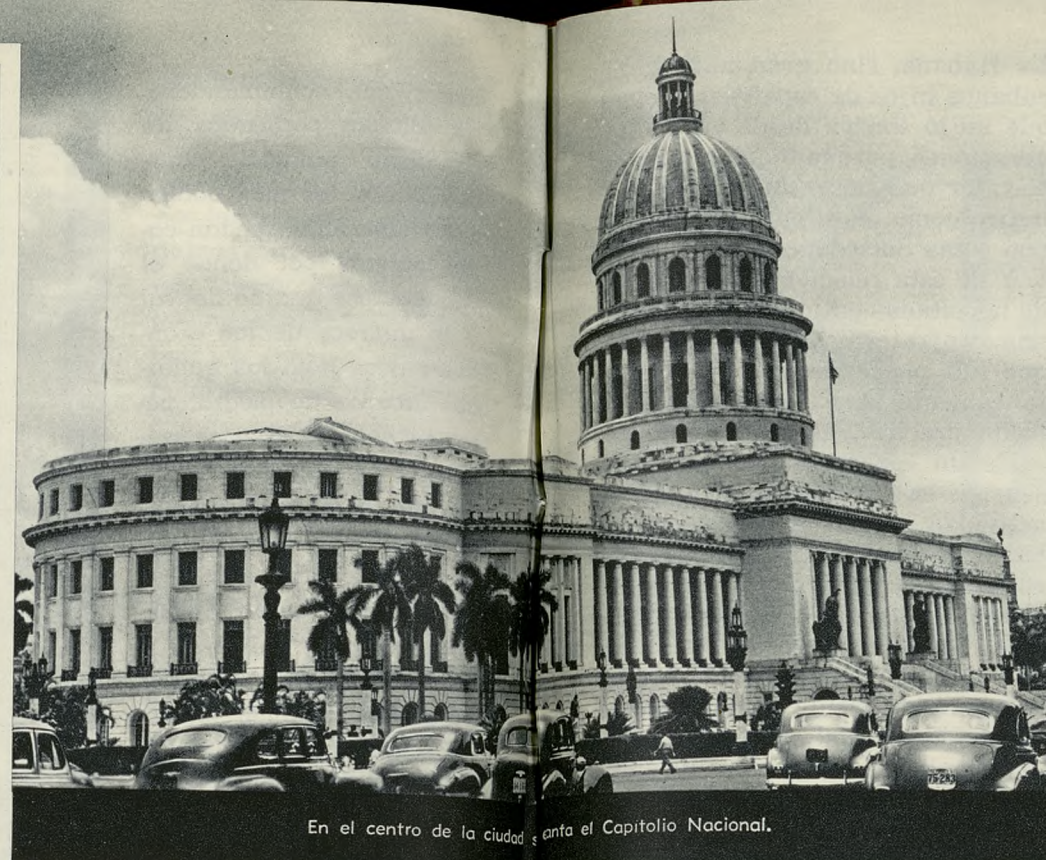
Un viejo claustro en La Habana colonial.



Fachada principal de la Catedral de La Habana.



Un torreón de la vieja muralla que defendía la ciudad contra las incursiones de los piratas.



En el centro de la ciudad se alza el Capitolio Nacional.



Antiguo Palacio de residente de la República.



La fortaleza del Morro a la entrada del puerto de La Habana, vista desde el baseo del Malecón.



Vista del Parque de la Fraternidad.

U ya te está aplatanando, gayeguito», dicen cariñosamente las gentes de La Habana cuando observan que un mozo español, sea de la región que sea—al otro lado del Atlántico, España sólo tiene cuatro provincias: Lugo, Coruña, Pontevedra y Orense—, tras unos meses de estancia en la capital cubana se va haciendo a los gustos de la tierra.

Pero aun hay otra frase que expresa el reverso de esta idea del «aplatanamiento» o adaptación del inmigrante a lo cubano esencial y peculiar. Es la que define la atracción—fascinación mejor—que la tierra cubana ejerce sobre el ánimo y el alma de los extranjeros que la disfrutan durante algún tiempo. Es la que dice: «Esta tierra tiene bilongo». Y al decir «tierra», se dice suelo y cielo, aire y sol, color y olor peculiares de Cuba. Y se dice algo más, que rebasa los límites de lo físico y lo sensible para adentrarse en zonas más amplias de lo espiritual y de lo cósmico. Pero al decir «bilongo», ¿qué se dice? ¿Qué es «tener bilongo»? Originariamente, «bilongo» es un brebaje—filtro de amor negroide—que la credulidad guajira, campesina, considera eficaz para vencer la voluntad de una dama esquivada a los

requerimientos de un galán, o bien de un pretendiente olvidadizo de sus promesas a doncella enamorada. Pero con el tiempo, la expresión pasa de lo particular y concreto a lo general y geográfico. Y de la fascinación que puede ejercer sobre otra, la persona que tiene «bilongo» o «echa bilongo», pasa a expresar el embrujo o el hechizo que la propia tierra cubana ejerce sobre todo el que la pisa.

La expresión popular pertenece al copioso y pintoresco folklore afro cubano. A ese venero del que sacó el músico Lecuona los ritmos vernáculos de «El Siboney», con su evocación aborigen, y el pregón popular de «El Manisero», que de vendedor de cacahuetes—«maní tostado y caliente»—por las calles de La Habana, pasa hecho ritmos de rumba y danzón a dar la vuelta al mundo. Y de esa misma cantera folklórica sacarán el gran cronista Jorge Mañach, el poeta Guillén y otros poetas y prosistas, de la nueva escuela cubana, los fundamentos de una nueva estética que iba a europeizar—válganos por una vez la desacreditada palabreja—la moderna cultura cubana.

Pues bien, si de la tierra cubana en general pudo decirse

que tenía «bilongo», de la ciudad de La Habana puede decirse muy especialísimamente. Porque La Habana, que si en lo externo, es decir, en lo arquitectónico, urbanístico y ornamental, es una de las más bellas capitales de Hispanoamérica, tiene otros valores y atractivos de índole más íntima, que pueden considerarse incomparables. No reside el interés particularísimo de La Habana en la curiosidad histórica de sus monumentos coloniales, de sus fortalezas como El Morro y La Cabaña. Ni en el encanto de sus viejas arterias comerciales, calles de Obispo, Muralla, Compostela, Teniente Rey, con sus grandes almacenes, en los que varias generaciones de inmigrantes españoles amasaron centavo a centavo las grandes fortunas habaneras. Ni tampoco reside su principal atractivo en los parques y avenidas de la ciudad moderna ni en los suntuosos edificios públicos, entre los que destacan el Palacio Presidencial y el Capitolio.

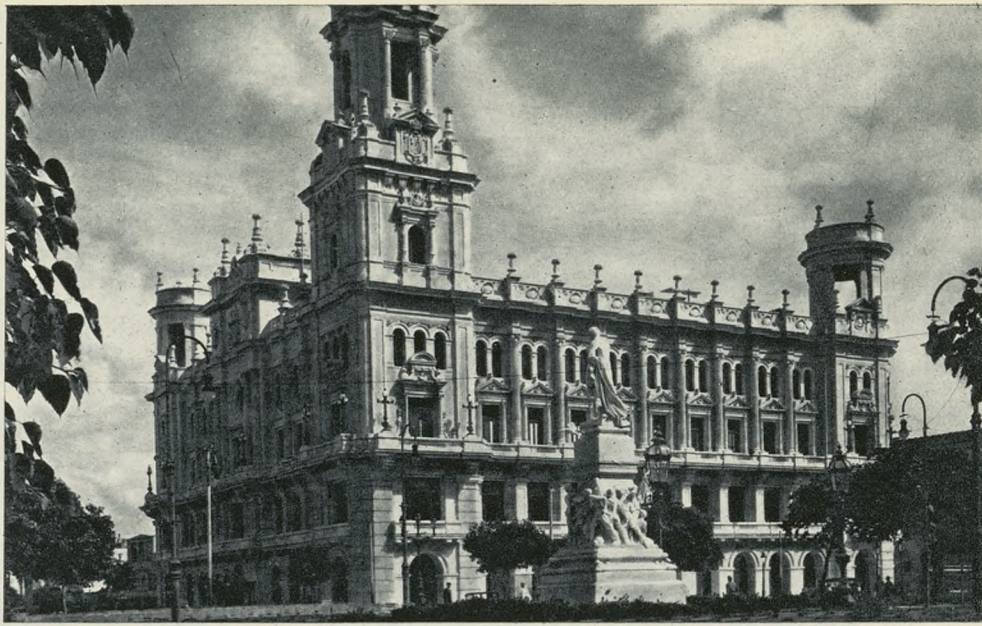
El principal encanto de La Habana está en todo eso y en algo más, impalpable e invisible, pero que cautiva, atrae y fascina a cuantos toman contacto con su suelo, con su luz única, con su aire, con su ambiente. Y ese algo, prác-

ticamente inaprehensible, pero que atestiguan cuantos lo han percibido, es lo que ha dado lugar a que podamos aplicar a la capital cubana ese dicho popular de que «tiene bilongo». También pudiéramos definir ese especial atractivo con una palabra exótica y de difícil traducción a nuestro idioma. Podríamos decir que «La Habana tiene «sex-appeal»». Porque, en efecto, hay en este atractivo o sugestión que La Habana ejerce sobre sus visitantes, algo del atractivo especial que ciertas mujeres hermosas ejercen sobre cuantos hombres las contemplan.

Nos consta que España está llena de asturianos, gallegos, catalanes, montañeses, vascos y de otras muchas regiones, que viven retirados de sus negocios en la capital de las Antillas, tocados de nostalgia habanera. También los habrá que añoren otras capitales hispanoamericanas. Pero tanto como La Habana, creemos que no. Siguen sujetos a su hechizo. Hablan de ella como de esa novia de juventud que no se olvida nunca. Y si alguna vez, después de los años, una contingencia les obliga a tomar de nuevo el barco, dicen con alborozo a sus amigos: «A La Habana me voy,—te lo vengo a decir».

EN el centro más centro de la capital de Cuba hay dos edificios elegantes, suntuosos, de gran riqueza ornamental, cuya especial arquitectura dice a simple vista de las influencias directas que la Escuela de Arquitectura de Madrid ha ejercido sobre sus autores. Estos edificios, en el interior de uno de los cuales funciona el Teatro Nacional de La Habana, son conocidos popularmente por el Centro Asturiano y el Centro Gallego de La Habana. Y es que han sido construidos para domicilio social de cada una de estas entidades, respectivamente. Sociedades poderosas que agrupan, con fines exclusivamente benéficos y culturales, a los inmigrantes de cada una de estas regiones españolas residentes en la República de Cuba.

Pero estos edificios tienen, además de esos valores arquitectónicos y ornamentales, de los que tanto se enorgullecen gallegos y asturianos de Cuba, y de su inmenso valor material, dados sus emplazamientos, sus proporciones y el lujo desplegado en su construcción, un valor simbólico e hispánico de tan subidos quilates, que es difícil encontrar en toda Hispanoamérica obras no sólo que superen la realizada por las citadas Sociedades de La Habana, sino quien las iguale. Estas Casas de Asturias y de Galicia, de La Habana, tienen tal prestigio, lo mismo entre cubanos que entre españoles, que en ellas ingresan no sólo inmigrantes de otras regiones españolas residentes en



Arriba: Palacio del Centro Asturiano de La Habana.—Abajo: Palacio del Centro Gallego y Teatro Nacional.

La Habana, sino gran número de cubanos hijos de españoles y otros que no lo son ya desde varias generaciones, porque todos reconocen el valor que tanto en el orden benéfico como en el cultural mantienen estas Sociedades.

Y de esta relación mutua dentro de las citadas entidades ha surgido una confraternidad tan auténtica, que allí puede decirse que espontáneamente se ha realizado, y de modo práctico, el ideal hispánico.

Es un espectáculo curioso presenciarse en la capital de Cuba la actividad propagandística que en las calles habaneras se despliega en un día de elecciones de Junta Directiva para los Centros Asturiano o Gallego. Ello determina una verdadera movilización, que se percibe claramente en el aumento del tráfico y del público por las principales calles. Tal es el entusiasmo que en la elección de sus candidatos ponen los distintos sectores que se forman dentro de la Sociedad. Si bien, una vez terminada la elección, todo el mundo acepta los candidatos triunfantes y la Sociedad reanuda sus actividades, bajo la nueva Dirección, con el orden y la actividad de una pacífica colmena.

Fruto de las actividades benéficas que tales entidades desarrollan en favor de sus asociados son las Casas de Salud que sostienen. La principal de ellas, «La Covadonga», del Centro Asturiano, es, sin duda, uno de los principales centros benéficos y sanatoriales de toda Hispanoamérica.



Bordeando el malecón del puerto, los parques del Memorial y la plaza del Maine.



Vista de la Avenida de los Presidentes, adornada de palmeras.



La playa «La Concha», en la capital de Cuba.



La Universidad Central de Cuba, construida en la época colonial.